

Jornadas de Sociología de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la U.N.Cuyo

María del Rosario Zavala

Universidad Nacional de Cuyo

mrosarioza@gmail.com

Categorías en contexto. Algunas aproximaciones para hablar de memoria cultural latinoamericana

*Cuando parece que estamos discutiendo
animadamente definiciones y vericuetos
de la memoria como campo de conocimiento (...)
aparecen los reclamos y los gemidos de los sufrientes,
se descomponen el paisaje institucional y (...)
tenemos que salir por aire antes de volver a sumergirnos.*

I. Dobles Oropeza (Memoria del dolor)

*La dimensión cultural de la existencia social
estaría dada por el hecho de que en cada uno de los actos
de la vida cotidiana, el ser humano está cultivando sus identidades,
la combinación de estas identidades,
está cultivando pues la dimensión identitaria de su existencia*

B. Echeverría (Cultura y Barbarie)

I.

Desde hace unos 20 años el surgimiento de un nuevo campo inquieta a las Ciencias sociales latinoamericanas: los derechos humanos y las memorias de la represión y la violencia política (Jelin, 2003). Este nuevo campo interdisciplinario de la investigación social se ha convertido en un espacio emergente que obliga a redefinir las posiciones de todos/as los/as productores/as, los cambios en los paradigmas y marcos, los desafíos para la interpretación y la legitimidad de los discursos de las Ciencias sociales latinoamericanas en el marco de las permanentes transformaciones de la realidad sociopolítica de la región.

En este marco, nuestro trabajo se orienta a contribuir a la identificación de una categoría de memoria cultural anclada en la realidad latinoamericana, a través de ciertas producciones

bibliográficas de científicos sociales latinoamericanos, reconocidos desde los Estudios culturales latinoamericanos y los Estudios sobre memoria. Categoría que consideramos de un gran potencial explicativo para nuestro trabajo de tesis doctoral, acerca de la construcción de la memoria a partir de la musealidad, tomando como caso de estudio el Museo Provincial de Bellas Artes E. G.-Casa de Fader (Mendoza), donde se producen, reproducen y legitiman los relatos para el desarrollo del arte local, en torno a la vinculación entre las políticas culturales y las políticas de memoria.

Entonces, los estudios sobre memoria y sobre cultura se han constituido en campos de estudio para las Ciencias sociales latinoamericanas, dentro de un panorama social y cultural complejo, dinámico y algo fracturado. Un acontecimiento en la historia de estas ciencias se ha convertido en hito para nuestra propuesta, el seminario de Costa Rica sobre "Las condiciones sociales de la democracia" convocado por CLACSO en 1978 para discutir sobre la necesidad de pensar sobre las salidas de los regímenes dictatoriales en América Latina. Tarea que hoy, a más de 30 años, aún seguimos ensayando. Pero con una ventaja, estos campos se encuentran ampliamente desarrollados a través de un arduo trabajo en red a lo largo de toda Latinoamérica.

Por lo tanto reflexionar sobre memoria y cultura en la actualidad, no refiere a series aisladas, categorías separadas que podrían aglomerarse para ampliar el marco solicitado por los objetos, sino de intercalar estos planos de discursos dentro de una mirada que necesariamente los coloca en un incesante juego de atracciones y variaciones, reconociendo la tensión que implica pensar América Latina como "compleja unidad".

De un tiempo a esta parte en Argentina y en la región se ha configurado un proceso de debate, exposición pública y reflexión en torno de la memoria del pasado reciente. Políticas de estado, gestiones desde la sociedad civil y actividades académicas dan cuenta de la significación del tema en ciertos espacios de la sociedad.

Los golpes de estado asestados por las dictaduras cívico-militares en América latina y particularmente en Argentina, no sólo destruyeron materialmente el discurrir de las relaciones sociales en el seno del juego democrático, sino que además asestaron un duro golpe al orden simbólico, al desencadenar una serie de quiebres y rupturas en el sistema de categorías que hasta la década del 70 habilitaban un determinado abordaje e interpretación de la cuestión social (Jelin, 2003). En este período, las explicaciones han pasado de un fuerte sesgo europeizante, inscripto en su ADN académico, a una especie de "creciente autoctonía" (López Segrega, 1993). Así la lucha por el sentido del pasado se da en función de las prácticas

científicas contemporáneas y en un proceso activo de elaboración y construcción simbólica del sentido sobre ese pasado.

Ante este contexto, atendiendo a la agudización de las transformaciones institucionales y la complejidad de los símbolos y códigos emergentes, signados de globalidad, surgen los Estudios culturales latinoamericanos y los Estudios sobre memoria, como campos comprometidos con sus objetos de estudio y con una desconocida y muy compleja realidad.

El proceso histórico-social latinoamericano contemporáneo se encuentra en un punto de inflexión. Del estruendoso fracaso de las políticas neoliberales hasta las actuales búsquedas de alternativas para la construcción de sociedades democráticas y pluralistas, existe toda una serie de propuestas que es necesario analizar y evaluar desde la investigación en Ciencias sociales. En este marco, teniendo en cuenta la complejidad que nos presenta este nuevo escenario cultural inserto en el proceso de mundialización, considerando también la importancia del arte y la cultura en el proceso de recuperación y desarrollo social, pensamos en la necesidad de entender y aportar a la construcción de las Ciencias sociales latinoamericanas, destinadas a intervenir en la dirección del acontecer contemporáneo.

El pasado reciente es una parte central del presente. Esta vigencia del pasado cercano se evidencia en una importante demanda social de respuestas, explicaciones y también reparaciones que involucran acciones desde las academias. Así, la memoria desde hace no mucho tiempo ha comenzado a tomar un espacio central en las culturas y las políticas de Occidente (Huysen, 2001). En este sentido, entre lo global y lo local la cultura de la memoria ha adquirido dimensiones políticas y científicas que merecen ser tomadas en cuenta.

El debate acerca de la memoria debe pensarse como actividad de transformación simbólica, en tanto esos conocimientos puedan ser activados por los sujetos e impulsados en acciones tendientes a dar sentido al pasado (Dobles Oropeza, 2009). Es dentro de este juego instaurado a nivel del sentido, de la memoria, del recuerdo de un trauma, donde la cultura comienza a tomar un rol fundamental. Creemos entonces que la cultura aparece aquí como testigo silencioso y silenciado que a través de una operatoria propia de producción de sentido, genera efectos de verdad. Y entre ambas categorías, “memoria cultural” se transforma en una estrategia apropiada para dar forma a la experiencia, no sólo como documento del pasado, sino también como registro del presente y proyección de futuro.

En este camino, desde las Ciencias sociales latinoamericanas es necesario repensar las metodologías, los enfoques y los temas de investigación capaces de abordar los principales problemas regionales y así avanzar en la difusión de las investigaciones no solo en la academia, sino también entre las políticas. Es decir que desde el punto de vista de una

relocalización de nuestro campo de significaciones, del campo de las Ciencias sociales, dentro de las problemáticas propias de las comunidades ligadas a lo local, si bien estos procesos son percibidos en forma de imposición, también podemos ser capaces de ensayar otras respuestas posibles. Ya tenemos una larga y muy densa experiencia de las trampas a través de las cuales hemos sido colonizados y dominados (Zalazar, 2007), pero al mismo tiempo, contamos con la posibilidad de una comunicación destinada a romper las formas de exclusión, nuevas redes y conexiones, nuevas experiencias de interacción que, si bien comporta riesgos, también abre nuevas puertas para las Ciencias sociales latinoamericanas.

Por lo tanto, con nuestro trabajo pretendemos conformar una categoría latinoamericana de memoria cultural a partir de los marcadores de cambio en relación a las gestiones de la categoría de memoria y la categoría de cultura dada por los/as teóricos/as sociales latinoamericanos/as, escritas en función del contexto particular de cada uno/a. Y así guiar nuestras argumentaciones.

Consideramos que en las últimas décadas se ha producido un cambio paradigmático en las Ciencias Sociales latinoamericanas a través de la incorporación de nuevos marcos interpretativos, más allá de las tradiciones disciplinarias, en una tentativa por colocarse frente a una realidad latinoamericana donde confluyen procesos múltiples y complejos. Y en esta escena, es posible constituir una categoría de memoria cultural latinoamericana, a partir del derrotero de teóricos/as sociales preocupados/as y ocupados/as por las Ciencias sociales latinoamericanas, que permita un análisis complejo de la historia reciente local.

Es posible encontrar numerosos trabajos científicos que nos ayudan a inscribirnos dentro de una línea crítica y afanada por la investigación social y las ideas que la presentan dentro de nuestra región. Para este trabajo hemos propuesto una selección de autores/as, como parte de nuestro marco teórico: Nelly Richard, Elizabeth Jelin, Leonor Arfuch, Bolívar Echeverría e Ignacio Dobles Oropeza, los cuales nos permitan trabajar desde sus categorías de memoria, cultura y cultura política. Hoy presentamos algunos avances respecto a nuestros objetivos, estableciendo una vinculación entre las categorías de memoria y cultura, desde los aportes de dos textos en particular en nuestra selección: de Ignacio Dobles Oropeza, su *Memorias del dolor. Consideraciones acerca de las Comisiones de la Verdad en América Latina* y, de Bolívar Echeverría, su texto *Definición de la cultura*. No ha sido nuestra intención establecer un diálogo forzado entre los textos, sino más bien proponer una lectura de estos, indagando e identificando rasgos y rastros para nuestra idea de memoria cultural latinoamericana sobre la base del entrecruzamiento de Estudios sobre memoria y los Estudios sobre cultura en Latinoamérica.

Sabemos que de memoria cultural no es la primera vez que se habla, sino que es una categoría trabajada largamente. De entre las diferentes acepciones nos acercamos a una en particular. Siguiendo a la filósofa húngara Agnes Heller (2001), entendemos la memoria cultural, como aquella categoría conformada por objetivaciones que proveen significados comunes, dados y asociados a una identidad y que fijando la atención en las estrategias simbólicas determinan posiciones y relaciones respecto a esta. E intentamos tomando en cuenta la en relación con los cambios en el marco de las Ciencias sociales latinoamericanas y el contexto socio-histórico, abordando memoria y cultura como categorías de análisis, ampliando el marco de sus posibilidades y así con nuestra propuesta construir nuestra propia categoría de memoria cultural en clave latinoamericana, que sirva al marco teórico conceptual de nuestra tesis doctoral. Para así, posicionarnos en una línea de pensamiento crítico de las Ciencias sociales latinoamericanas y aportar a lo que consideramos un cambio paradigmático de estas ciencias en un intento por interpretar la realidad latinoamericana desde saberes propiamente latinoamericanos.

II.

Podemos pensarnos de muchas maneras. Sin embargo nada se entiende sino partimos del análisis de nuestra propia situación. Y desentrañar *nuestra* situación supone insertarnos plenamente en *nuestra* cultura. Describir las situaciones de ese mundo, las constitutivas de la memoria de la cultura, separar en partes los hilos conductores de los procesos sociales, nuestras prácticas y los horizontes de comprensión de nuestro proyecto de futuro, es la propuesta. Por lo tanto, la tarea histórica de reponer lo reprimido, mostrar lo no mostrable como estrategia de puesta en crisis y contrahegemonía es, sin duda, la línea de continuidad de una tradición de pensamiento independiente. Hay que hablar de los residuos de lo invisible, lo excluido, mostrar aquello que la cultura oficial no deja ver o que, por su propia lógica, ubica solamente en los márgenes, fuera de escena, hay que atacar las políticas del maquillaje y la fachada.

Es posible -y necesario- comprender a la cultura desde perspectivas abiertas a plantear otros modos de articulación entre las prácticas, los hechos y el mundo social. Bajo una idea que trata de comprender que el acceso a bienes y servicios culturales permite el desarrollo de la creatividad, la fantasía, la comprensión y la reflexión y que pueden transformarse en herramientas para la elaboración de un juicio crítico sobre la realidad social inmediata, así como medios para imaginar nuevos mundos posibles y nuevas formas de ser en el mundo.

Desde el punto de vista de una relocalización de nuestro campo de significaciones, dentro de las problemáticas propias de las comunidades específicas, si bien estos procesos son percibidos en forma de imposición también tienen otras respuestas posibles. En efecto, los flujos globales pueden ser otra forma de amenaza a la supervivencia de nuestros modos de producir, hacer circular y apropiarse de bienes, mensajes y cuerpos, esas prácticas que llamamos culturas. Siguiendo a Bolívar Echeverría podríamos reflexionar acerca de que la vida social se compone de un conjunto de funciones, entre las cuales está la función cultural, que aparece cuando se observa a la sociedad tal como es cuando se empeña en llevar a cabo su vida persiguiendo un conjunto de metas colectivas que la identifican o individualizan. Nuestra idea de cultura adquiere un carácter procesual y cambiante. Por lo cual cultura como proceso, conformación o configuración se produce, circula y consume a través de los procesos sociales e históricos y de allí su complejidad. Entonces cultura podría ser comprendida como “el momento autocrítico de la reproducción que un grupo humano determinado, en una circunstancia histórica determinada, hace de su singularidad concreta; es el momento dialéctico del cultivo de su identidad” (Echeverría, 2001, p.187).

La memoria se obtiene y construye de distintas maneras, con distintos materiales y mecanismos, conjugándose con los recuerdos del pasado lejano o reciente de un grupo social, de una comunidad, de una sociedad (en su sentido más amplio), lo que contribuye al fortalecimiento de su identidad. Las prácticas y procesos, principalmente culturales, deciden qué se recuerda y qué se mantiene en la memoria, repercutiendo en la identidad que a su vez decide sobre el sentido de esas prácticas y esos procesos. De esta manera, podríamos decir que la cultura produce y transmite identidades y significados sociales, casi como una necesidad que dota de significados a la vida humana, entonces, la cultura entendida como una instancia comunicacional entre lo práctico –productivo- y lo significativo, se constituye por el despliegue del carácter en donde la identidad de los sujetos como tales debería evidenciarse (Echeverría, 2001).

Nos conocemos entre colonización y dominación, pero al mismo tiempo, contamos con la posibilidad de una comunicación destinada a romper las formas de exclusión, nuevas redes y conexiones, nuevas experiencias de interacción. El riesgo del olvido -y de la impunidad- hace de este un tema de la agenda cultural y política actual. En nuestra contemporaneidad internarnos en los procesos culturales no solo trata de evidenciar la imposición de identidades (imperialistas), sino que por sobre todo, trata de resaltar y rescatar esta dimensión como un largo y profundo proceso de "revolución cultural", donde las formas culturales, en un contexto complejo, han sido transmitidas, como mensajes, como sistemas simbólicos,

reconfigurándose, pero a la vez, obligando a aferrarse a sus anteriores formas negociando la oportunidad histórica que necesitan para transmutarse, mezclarse y regenerarse sobre nuevas bases técnicas y “civilizatorias” (Echeverría, 2001).

A medida que la corriente cultural actual se va formando, surgen nuevos escenarios de producción -de su valor y de su sentido-, espacios emergentes que obligan a redefinir las posiciones de todos los productores, la delimitación del campo, la definición de los roles y la legitimidad de la cultura, “al hablar de cultura pretendemos tener en cuenta una realidad que rebasa la consideración de la vida social como un conjunto de funciones entre las que estaría la función específicamente cultural” (Echeverría, 2001, p 45). El debate sobre el lugar de la cultura (como dimensión en proceso de configuración) y su vinculación con la política (conflicto social) abarca espacios muy amplios. La construcción de los nuevos mundos simbólicos en la era de las transnacionales, la desindustrialización y el avance de nuevas formas de acción indican la emergencia de una multiplicidad de prácticas culturales como parte de una nueva razón populista y de un nuevo proceso histórico.

Algo está irrumpiendo en la escena contemporánea y requiere ser abordado por nuestros análisis: la pluralidad, la diferencia y el antiautoritarismo. Esto implica una revisión de los acontecimientos de nuestra historia reciente que necesitan ser tomados en cuenta para romper con los estigmas de una propuesta trunca y repensar las continuidades y las rupturas, al menos para no enclavarnos en la nostalgia y comenzar a quitar lo nefasto.

Es entonces una posición política hablar de memoria, en oposición al olvido, a la reconciliación y a la amnistía. “Los discursos de la memoria necesaria” (Huysen, 2001) en la construcción de una cultura de la memoria de nuestras sociedades actuales urgen por la necesidad política de una memoria real, en términos de posicionamientos sobre por qué y para qué indagar en el pasado, escribiendo tal vez sobre una historia presente, reconociendo e identificando “...las implicaciones identitarias de la construcción de la memoria” (Dobles Oropeza, 2009, p. 24).

En el plano colectivo, el *trabajo de la memoria* debe enfocarse en superar la idea de la memoria como invasión o irrupción del pasado por el peso de sus huellas, a romper la repetición ritualizada que no es otra cosa que la memoria sin representación, es decir, sin acción razonada y motivada de sujetos. El debate acerca de la memoria debe pensarse como actividad de transformación simbólica, en tanto esos conocimientos puedan ser activados por los sujetos e impulsados en acciones tendientes a dar sentido al pasado, “interpretándolo y trayéndolo al drama del presente”. Ese pasado rememorado cobra centralidad en el proceso de interacción social y el olvido es superado, lo que nos permite decir que no hay nada que deba

ser olvidado en sí mismo porque no hay además una única memoria que integre a la sociedad como un todo. De modo que la lucha por las memorias es también una lucha por los olvidos. Es dentro de este juego instaurado a nivel del sentido, de la memoria, del recuerdo de un trauma, donde la cultura comienza a jugar un rol fundamental. Memoria y cultura emergen luego de graves periodos de ruptura (dictaduras) como testigos silenciosos y silenciados, como procesos de “sutura”, produciendo un tipo de *memoria publica* referencial (Dobles Oropesa, 2009, p. 309), que a través de una operatoria propia de producción de sentido, generan efectos de verdad.

Debemos dar cuenta que el pasado no es un tiempo irreversiblemente detenido y congelado en el recuerdo, bajo el modo del *ya fue* que condena la memoria. La memoria como proceso amplio de reinterpretación de lo pasado hace, deshace y rehace sus complicaciones para generar nuevas interpretaciones y acontecimientos.

El golpe dado por la dictadura militar argentina ha sido parcialmente saldado en la transición democrática y luego de 30 años, ha comenzado a encontrar respuestas desde las políticas del estado. Entonces las luchas emprendidas desde la fuerza del presentismo, se desarrollan en un proceso activo de elaboración y construcción simbólica del sentido sobre ese pasado, al decir de Dobles Oropesa, desde una evidente alusión benjaminiana, la memoria puede captarse como *redención* “como especie de acción de ‘duelo cultural’ y de homenaje al sufrimiento de los derrotados de ayer, sufrimiento que permanece abierto, otorgándole, precisamente una posibilidad ‘mesiánica’ a los quehaceres del presente” (2009, p.314).

La postdictadura restituyó el orden democrático/representativo, pero relegó la restitución simbólica a escenarios secundarios y particulares. Es lícito remarcar entonces que como sociedad venimos incurriendo en una suerte de confusión casi sistemática que veda las posibilidades de inteligibilidad, de aprendizaje, no ya de lo simplemente silenciado por la fuerza de las “verdades” hegemónicas fabricadas desde el estado, sino de aquello del pasado que nos condujo al horror y que constituye un sustrato negado de nuestras formas de actuar el presente (Vinyes, 2009). Así, pasado, presente y futuro se encadenan en una trama que alienta la revisión del sentido atribuido a determinados fenómenos.

Demarcado por los pasados dictatoriales y los presentes portadores de las huellas de la represión estatal, el tema de la memoria se constituye como público (Tornay y Vega, 2009 y Dobles Oropesa, 2009).

Así, la memoria, como un complejo entramado de significados comunes, establecidos y asociados a procesos identitarios¹, podría ser abordada como un texto diversamente captado, manejado y comprendido, fijando la atención en las estrategias simbólicas que determinan posiciones y relaciones respecto a esta.

En esta escena, las condiciones sociales de producción, circulación y consumo de entre hechos y objetos culturales, discursos y sujetos, adquieren una nueva modalidad necesaria, que puede servir para construir y comprender los cambios y formas novedosas que asumen los proyectos societales de cultura y memoria en la actualidad.

III.

La investigación social de la cultura y su proyección pueden entenderse como una propuesta de largo alcance para el desarrollo de los estudios culturales latinoamericanos. En este sentido, enmarcados en los trabajos sobre memoria como un campo paradigmático nuevo para las Ciencias sociales latinoamericanas, hay temas que atraviesan la necesidad de pensar el desarrollo cultural a nivel local y regional, más aun cuando la construcción de la memoria permanente es un tema a la orden del día. Nuestra intención es aportar al cruce entre la sociología, las teorías sociales, los estudios de memoria y en este cruce su dimensión cultural, sus prácticas y estrategias, que nos es necesaria para ampliar, resignificar, discutir y conformar una categoría de memoria cultural propia.

En este marco, teniendo en cuenta la complejidad que nos presenta este nuevo escenario social y cultural inserto en el proceso de mundialización, considerando también la importancia de la cultura en el proceso de recuperación y desarrollo social, pensamos en la necesidad de aportar a la construcción de perspectivas teóricas para las Ciencias sociales latinoamericanas, destinadas a intervenir en la dirección del acontecer contemporáneo.

Hay diversos temas a los que podemos atender, pero creemos que la construcción de memorias nos reclama un espacio y un relato, y aunque si bien ha estado presente en las reflexiones de intelectuales y creadores aun necesitan ubicarse sólidamente en el espacio local. Entendemos que la relación entre el campo cultural y las políticas de memoria locales ha comenzado a tener incidencia en la última década, junto a la identificación y reconocimiento de los componentes y sujetos que intervienen en dicho campo, pero la ejecución de acciones concretas que resguarden signos identitarios locales aún se está haciendo.

¹ Estableciendo un juego de palabras desde la noción de memoria cultural de Heller, ya presentada en este texto.

En estas instancias de nuestra investigación no podemos más que reflexionar acerca de los planteos de los autores que hoy tratamos. Realizamos una lectura selectiva e identificamos. Encontramos en ambos un fuerte sello latinoamericanista. Sabemos que las lecturas y propuestas son parte de otros recorridos por estos realizados, pero la contextualización es fundamental. Nos referimos a la necesidad de alianzas entre teoría, prácticas y contextos en las memorias del dolor de Dobles Oropeza y por otro lado, consideramos que se trata de entender la dimensión cultural como parte del proceso de reproducción social y política, para la constitución de identidades dinámicas y complejas, según Echeverría.

¿Qué significa esto para nosotros? La corriente internacional impone, celebra y elimina. Nos sumamos críticamente a las novedades del presente, de los agenciamientos del proceso contemporáneo. Pero encontrar algunas respuestas, de un posible análisis cultural de los artefactos de nuestra contemporaneidad, es nuestra propuesta.

“La teoría ayuda a extraer lecciones que pueden usarse para replicar las mejores prácticas”

Doris Somer

Bibliografía utilizada

- Arfuch, L. (2008). *Crítica cultural entre política y poética*. Buenos Aires: Fondo de la Cultura Económica.
- Bourdieu, P. (1995). *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: ANAGRAMA.
- ----- (1990). *Sociología y cultura*. México: Grijalbo.
- Dobles Oropeza, I. (2009). *Memoria del dolor. Consideraciones acerca de las Comisiones de la Verdad en América Latina*. San José: Arlekin.
- ----- (s/f). *Memoria del dolor en América Latina: Reconciliación, perdón, justicia*. (Conferencia).
- Echeverría, B. (2001). *Definición de la cultura*. México: Editorial Itaca/UNAM.
- ----- (2000). *La modernidad de lo Barroco*. México: Era.
- García Canclini, N. (1989). *La producción simbólica. Teoría y método en sociología del arte*. México: Siglo XXI.
- Giunta, A. (2001). *Vanguardia, internacionalismo y política. Arte argentino en los años sesenta*. Buenos Aires: Paidós.

- Huysen, A. (2001). *En busca del futuro perdido. Cultura y memorias en tiempos de globalización*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- FLACSO-Ecuador (2004). *ÍCONOS, Revista de Ciencias Sociales*. Publicación cuatrimestral. (20 y 43).
- Jelin, E. (2001). *Los trabajos de la memoria*. España: Siglo XXI.
- ----- (2003). “Los derechos humanos y la memoria de la violencia política y la represión: la construcción de un campo nuevo en las ciencias sociales”, en *Cuadernos del IDES*. Buenos Aires: Departamento Editorial del IDES.
- Lander, E. (1993). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.
- López, M. Figueroa C. y Rajland B. –Ed- (2010) *Temas y procesos de la Historia Reciente de América Latina*. Santiago de Chile: CLACSO.
- Pereyra, D. (2010). “El desarrollo de las ciencias sociales. Tradiciones, actores e instituciones en Argentina, Chile, México y Centroamérica”, en *Cuadernos de Ciencias Sociales*, Costa Rica: FLACSO.
- Richard, N. (2007). *Fracturas de la memoria; Arte y pensamiento crítico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- ----- (2010). *En torno a los Estudios Culturales. Localidades, Trayectorias y Disputas*. Santiago de Chile: CLACSO.
- -----y Moreiras, A. (2000). *Pensar en / la postdictadura*. Chile: Cuarto Propio.
- Ricoeur, P. (1999). *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Madrid: Arrecifes.
- Rojas Avarena, F. y Álvarez-Marín, A. -eds- (2011). *América Latina y el Caribe: Globalización y conocimiento. Repensar las ciencias sociales*. Montevideo: UNESCO.
- Saltalamacchia, H. (2005). *Del proyecto al análisis: Aportes a una investigación cualitativa socialmente útil*, Buenos Aires: El artesano.
- Todorov T. (2000). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- Vinyes, R. (2009) *El estado y la memoria. Gobiernos y ciudadanos frente a los traumas de la historia*. España: RBA libros.